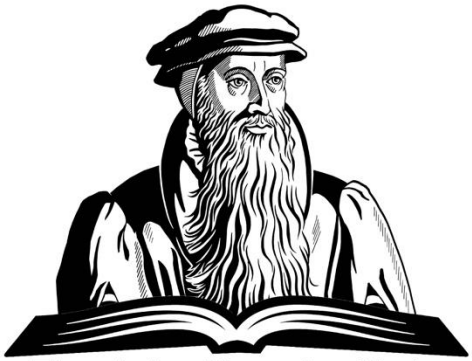
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA:

EL CATECISMO MENOR DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 17:
EL OFICIO PROFÉTICO DE CRISTO

Pregunta 23 y 24



Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Misuri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. **El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24**
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamado efectivo - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

LECCIÓN 17

EL OFICIO PROFÉTICO DE CRISTO

P. 23. *¿Qué oficios ejecuta Cristo como nuestro Redentor?*
R. Cristo, como nuestro Redentor, ejecuta los oficios de profeta, de sacerdote y de rey, tanto en su estado de humillación como en su exaltación.

P. 24. *¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de profeta?*
R. Cristo ejecuta el oficio de profeta revelándonos, por su palabra y Espíritu, la voluntad de Dios para nuestra salvación.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 17:

En esta lección, continuaremos aprendiendo acerca de nuestro Redentor. En realidad, nunca terminaremos de aprender sobre Él. Podemos dominar este *Catecismo*, memorizar cada palabra, pero nunca podremos descubrir todo lo que hay que saber acerca de nuestro amado Salvador. Incluso la eternidad no agotará todas las bellezas y maravillas de tan grande Salvador, Jesucristo.

Hoy comenzaremos una sección que se centrará en lo que Cristo hace y en lo que Cristo ha hecho. Para ello, el Catecismo dedica algunas preguntas a reflexionar sobre lo que Cristo ha sido designado para hacer. El *Catecismo* usa la palabra «oficio». Esta palabra se refiere a lo que Cristo ha venido a hacer. Un oficio, en este sentido, se refiere a una posición de trabajo y servicio. Hoy tenemos dos preguntas. La primera, la número 23, presenta los oficios que Cristo desempeña. Nuestra segunda pregunta, la número 24, se enfoca en el primero de estos oficios.

Observa la pregunta 23: «¿Qué oficios ejecuta Cristo como nuestro Redentor?». La palabra «ejecutar» simplemente significa «llevar a cabo» o «realizar». Así que la pregunta está hablando de cuáles son las posiciones de servicio principales que Cristo ha venido a llevar a cabo como nuestro Redentor. ¿Para qué ha sido él designado? Nota la respuesta: «Cristo, como nuestro Redentor, ejecuta los oficios de profeta, de sacerdote y de rey, tanto en su estado de humillación como en su exaltación». Esta respuesta identifica tres oficios: profeta, sacerdote y rey. También se menciona el estado de humillación y exaltación, sobre los cuales hablaremos en lecciones futuras.

Pero observemos, y enfoquémonos en estas tres palabras: profeta, sacerdote y rey. Deben sernos familiares si hemos leído la Biblia. Profetas como Isaías y Elías proclamaban la Palabra de Dios. Y sacerdotes como Aarón y Eleazar ofrecían sacrificios según la disposición de Dios. Reyes como David y Josías gobernaban al pueblo de Dios conforme a Su ley. Pues bien, lo que esta respuesta nos enseña es que Cristo es profeta, sacerdote y rey. De hecho, Él es *el* Profeta, *el* Sacerdote y *el* Rey. Las próximas tres preguntas tratarán más a fondo cada uno de estos oficios. Así que veremos en secuencia a Cristo como profeta (esa es la lección de hoy); Cristo como sacerdote (esa es la siguiente lección); y Cristo como rey (la lección después de aquella).

Hoy examinaremos la pregunta 24, que trata sobre Cristo como profeta. La pregunta 24 dice: «¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de profeta?». Y la respuesta es: «Cristo ejecuta el oficio de profeta revelándonos, por su palabra y Espíritu, la voluntad de Dios para nuestra salvación». Las palabras son bastante claras, así que simplemente notaremos que se nos dice qué es lo que Cristo ejecuta, lo que lleva a cabo, lo que Él hace, como profeta. En nuestra lección, nos enfocaremos: Primero, *qué hace Cristo nuestro profeta*, y; segundo, *cómo lo hace.*

1. Qué hace Cristo nuestro profeta

Primero, *qué hace Cristo nuestro profeta.* Bueno, recordemos que Cristo hace muchas cosas. Como el Hijo eterno de Dios, Él gobierna sobre todo el universo. Él es el Creador de los cielos y de la tierra. Él es el sustentador de todo lo que existe. Él es la segunda persona de la bendita Trinidad. Por supuesto, como nuestro Redentor, murió y resucitó, entre muchas otras cosas. Sin embargo, esta pregunta se centra en lo que Él ha sido comisionado para hacer como nuestro profeta.

Un profeta, en general, es alguien que revela la voluntad de Dios. Esta era una vocación sobrenatural. A un profeta se le otorgaba un don sobrenatural para revelar lo que de otra manera no podría ser conocido. Típicamente pensamos en la profecía como esos anuncios de lo que estaba por suceder. No eran predicciones en el sentido en que las pensamos. Un profeta no era alguien que hacía una buena conjetura sobre el futuro. Más bien, era el portavoz designado por Dios para declarar con autoridad al pueblo lo que ciertamente sucedería. Por eso Dios dio como prueba para los profetas si sus palabras se cumplían o no. Nota Deuteronomio 18, versículos 21 al 22, ahí leemos: «Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha hablado? Si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él». En otras palabras, los verdaderos profetas predecían con certeza lo que acontecería.

Pues bien, este es un aspecto de lo que se conoce como revelar algo. Revelar algo es dar a conocer lo que de otra manera no podría ser conocido. Puedes pensar por un momento en un

regalo envuelto en una caja. No sabes lo que hay dentro hasta que lo abres. Una vez que lo desenvuelves y abres, entonces ves lo que es el regalo. El regalo ha sido revelado ante ti. Cuando hablamos de revelación, estamos hablando de algo mucho más importante que un regalo oculto como para un cumpleaños u otra ocasión. Estamos hablando de la revelación de la voluntad de Dios: lo que Dios desea, lo que Dios quiere, lo que Dios demanda, lo que Dios promete, lo que Dios garantiza. Y esto es lo que revelaba un profeta.

Un profeta no hacía esto por cuenta propia. No inventaba estas cosas. No producía estas cosas. No las sacaba de su propia mente. En cambio, el Señor obraba milagrosamente en y por medio del profeta, y lo hacía para darnos un verdadero entendimiento de la voluntad de Dios. Nota 2 Pedro 1, versículo 21. Pedro escribe: «Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo». En otras palabras, revelaron la voluntad de Dios mediante la obra sobrenatural del Espíritu Santo en y por medio de ellos.

Ahora, enfatizamos esto para ayudarnos a entender lo que Cristo, como nuestro profeta, lleva a cabo. Observa que el *Catecismo* dice: «revelándonos». Cristo toma lo que está oculto a nosotros, lo que yace más allá de nuestro propio estudio, intuición o razonamiento, y nos lo da a conocer. Pero, ¿qué es lo que Él específicamente nos da a conocer? El *Catecismo* nos dice: «La voluntad de Dios para nuestra salvación». En otras palabras, como nuestro Redentor, Cristo sirve como nuestro profeta, declarando el camino de salvación que Dios ha establecido para nosotros. Como profeta Él se enfoca en darnos a conocer el camino de salvación que Dios ha instituido. Es cierto, por supuesto, que Cristo lo sabe todo. Él conoce cada hecho oculto del universo. Conoce los principios y axiomas más complejos de las matemáticas y la ciencia. Conoce todos los detalles de la historia y el lenguaje. Podría enseñarnos cualquiera de estas cosas mejor que nadie en el mundo. Aquello que actualmente desconcierta a los mejores científicos, Cristo lo sabe y podría revelarlo instantáneamente.

Sin embargo, como profeta, Él se enfoca en enseñarnos la voluntad de Dios para nuestra salvación. Y piensa por un momento en el gran privilegio que esto representa, pues nos está revelando aquello que es de la mayor importancia: nuestra salvación. Esto fue lo que enfatizó durante todo su ministerio encarnado. Dondequiera que iba, enseñaba y predicaba sobre el camino de salvación. Esto es lo que sigue haciendo mientras reina en el cielo. Él sigue usando su Palabra para enseñarnos el camino de la salvación: cómo podemos ser perdonados, cómo, una vez perdonados, podemos ser santificados, qué garantías tenemos, cómo crecemos en fe, esperanza y amor. Él está revelando el camino y la voluntad de Dios para nuestra salvación. ¡Qué bendición saber que esto es verdad, que Cristo es nuestro profeta y que revela la voluntad de Dios para nuestra salvación!

2. Cómo lo hace

Y segundo, *cómo realiza Cristo esta labor como nuestro profeta*. Cristo no lo hace a través de conocimientos secretos sobre las constelaciones en los cielos sobre nosotros. Tampoco lo hace simplemente implantando este conocimiento en nuestras mentes de repente. En cambio, como dice el *Catecismo*, Él usa «su palabra y Espíritu». Bueno, veamos cada uno de estos, y cómo funcionan juntos.

Primero, Cristo usa su Palabra para revelar la voluntad de Dios para nuestra salvación. Leemos que Cristo vino enseñando y predicando el reino de Dios. Es decir, vino hablando palabras para instruirnos, exhortarnos, reprendernos, alentarnos, mandarnos y prometernos cosas relacionadas con el reino de Dios, con la salvación de Dios. Ya vimos en una lección anterior que la Palabra de Dios es la única regla que nos dirige en cómo podemos glorificar a Dios y gozar de Él. Vimos que se le llama «la Palabra de Dios» porque es la revelación de Dios al hombre. Así como tú y yo nos comunicamos con los demás a través de nuestro hablar, o nuestras palabras, Dios se comunica con nosotros a través de su habla, sus palabras. Esto es lo que vimos en 2 Timoteo 3:16, que «Toda la Escritura es inspirada por Dios». Es exhalada por Dios. Es la Palabra de Dios. Entonces, las Santas Escrituras, la Biblia, son verdaderamente la Palabra de Dios. Y necesariamente, es la Palabra de Cristo, porque Cristo es Dios. Además, los profetas del Antiguo Testamento recibieron las palabras que ellos hablaron por parte de nada menos que el Espíritu de Cristo. Observa 1 Pedro 1:11, hablando de esos profetas, Pedro escribe: «Escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos». En otras palabras, profetas como Moisés e Isaías, Ezequiel y Daniel revelaban las palabras que el Espíritu de Cristo les daba. Sus palabras son eminentemente las palabras de Cristo. Cuando lees la profecía de Isaías, es verdad que estás leyendo las palabras de Isaías, pero esas palabras están ahí porque Cristo se las dio a Isaías. Así que son las palabras de Cristo. Toda la Biblia es la revelación de Cristo. Es la Palabra de Cristo. Esto es lo que Él usa para darnos a conocer la voluntad de Dios para nuestra salvación. Si vamos a conocer el camino de la salvación, solo lo encontraremos en la Palabra de Cristo. ¡Qué privilegio, entonces, que se nos haya dado acceso a leer la Palabra! La misma Palabra, la verdadera Palabra, la inerrante Palabra de Cristo. ¡Qué cosa tan preciosa es tener su Palabra, pues esta Palabra nos enseña la voluntad de Dios para nuestra salvación!

En segundo lugar, *Cristo usa su Espíritu para revelar la voluntad de Dios para nuestra salvación*. Cristo usa su Palabra para darnos a conocer esa voluntad, pero se necesita algo más: no un contenido diferente, sino que, para que podamos conocer la voluntad de Dios para nuestra salvación, necesitamos entenderla, necesitamos creerla. Pensemos por un momento en un libro de historia, por ejemplo. El libro contiene la información sobre esa era histórica, los hechos, las cifras, y así sucesivamente. Sin embargo, si tenemos ese libro y nunca lo leemos, en realidad no nos beneficia. Debemos tener ojos para leer el libro. Esto no cambia el contenido. Nuestros ojos son los vehículos a través de los cuales tomamos las palabras. Debemos tener mentes para entender el significado de las palabras. Bueno, de manera similar, la Biblia es la Palabra de Dios. Es la revelación de la voluntad de Dios para nuestra salvación. Sin embargo, nuestras almas deben ser capacitadas para percibir su verdad. Necesitamos que nuestras almas reciban esta verdad. Ahora bien, como el hombre está muerto en sus pecados, esto no ocurre de manera natural. Así como un cuerpo muerto nunca aprenderá nada, sin importar cuántos libros se le presenten, tampoco un pecador muerto en su pecado aprenderá jamás verdaderamente la voluntad de Dios respecto a la salvación. Primero debe recibir vida. Su alma debe ser capacitada para entender las cosas que Cristo ha revelado en su Palabra, y esto solo ocurre cuando Cristo usa a su Espíritu para dar entendimiento al pecador. Bueno, alabado sea Dios, esto es lo que Cristo hace por su pueblo. Él nos da su Palabra, y asimismo bendice a su pueblo con su Espíritu para que entienda lo que Él ha revelado.

Observa la idea en Lucas, capítulo 24, versículo 45. Esto sucede después de la resurrección de Cristo. Él está caminando con dos de sus discípulos, aunque ellos no lo reconocían. A lo largo del camino, les habló sobre sí mismo a partir de las Escrituras, no obstante, fue solo cuando obró en ellos para darles entendimiento que ellos finalmente llegaron a comprender y aceptar la verdad. Ellos requerían de esta obra especial de gracia a través de su Espíritu. El pasaje lo expresa de esta manera: «Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras». Observa que no les dio algo aparte de las Escrituras. Las Escrituras son lo que Él está explicando. Esa es la revelación. Pero ellos necesitaban que sus mentes fueran abiertas para recibirla. Pablo dice algo similar en 2 Corintios 3:18. Hablando de los creyentes, dice: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta» es decir, un rostro sin tapar, sin que haya obstáculos ante nosotros, miramos «como en un espejo la gloria del Señor, [y] somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor». En otras palabras, el Espíritu del Señor nos lleva a comprender al Señor y su revelación, y a ser transformados por Él. Necesitamos estudiar la Biblia. Sin la Biblia, nunca conoceremos las verdades de la salvación. Estas verdades no se encuentran en otros lugares. Sin embargo, debemos experimentar la obra sobrenatural del Espíritu, proveyéndonos de entendimiento, haciéndonos abrazar estas verdades como las verdades de la salvación para nosotros.

Y esto es lo que hace el Señor Jesús. Él usa su Palabra y su Espíritu para hacernos entender y aceptar la voluntad de Dios para nuestra salvación. Jesús deja este punto muy claro en Juan, capítulo 3. Observa el diálogo entre Jesús y Nicodemo en Juan 3:5-8. Allí leemos: «Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu». Bueno, hay mucho en este diálogo, pero observa que es el Espíritu de Dios quien permite que el hombre vea y entre en el reino de Dios. Sin la obra del Espíritu dando vida y haciéndonos conocer la verdad de Cristo; sin el Espíritu dándonos entendimiento y fe, el pecador nunca aceptaría la voluntad de Dios para la salvación. De hecho, no puede hacerlo; no tiene el poder para ello. Y así, esto señala claramente cuán necesario es que, si alguna vez hemos de conocer la voluntad de Dios para nuestra salvación, tengamos tanto la Palabra de Dios como también la obra del Espíritu de Dios en nosotros, para que nos hagan conocer la verdad de su Palabra para salvación.

Esto nos lleva a dos puntos en nuestra conclusión. El primero es este:

Debemos ser diligentes en el estudio de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es la Palabra de Cristo para nosotros, enseñándonos, mostrándonos la voluntad de Dios para nuestra salvación. Él hace esto a través de promesas de salvación. Lo hace mediante amonestaciones y advertencias. Nos enseña sobre el cielo y el infierno, y nos dirige a considerar el destino de los pecadores y las bendiciones de la fe. Nos enseña estas cosas a través de su Palabra.

Nos habla de sí mismo a través de su Palabra. Así que tenemos cuatro evangelios que nos cuentan de la vida, el ministerio y la obra de Cristo. Tenemos el Antiguo Testamento, que prepara el camino, y el resto del Nuevo Testamento, que lo explica y lo aplica. ¿Y dónde se encuentran todas estas cosas? Están en la Biblia: la Palabra de Dios. Es la Palabra lo que Cristo usa para

enseñarnos la voluntad de Dios para nuestra salvación. Si ese es el caso, entonces debemos estudiar la Palabra, entender la Palabra, meditar en la Palabra. Y esto es exactamente lo que hicieron los bereanos. Cuando Pablo fue y predicó a los judíos en Berea, ellos respondieron estudiando diligentemente y examinando la Palabra de Dios. Observa Hechos, capítulo 17, versículo 11. Hablando de los bereanos, leemos: «recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así». Bueno, por la gracia de Dios, ellos fueron bendecidos en su diligencia. Leemos justo después de eso: «Así que creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres». En otras palabras, Dios bendijo su estudio diligente, y entonces ellos creyeron en ese mensaje.

Bueno, hay algo para nosotros, en nuestro estudio necesitamos acercarnos a la Biblia de una manera similar, con diligencia. No debemos acercarnos a la Palabra de Dios de manera descuidada o casual, porque esta Palabra nos enseña el camino de la salvación. Nos presenta las cosas más importantes. Y sí, hay cosas en ella que son difíciles de entender. Pedro mismo menciona eso. Pero el hecho de que sean difíciles, en primer lugar, no significa que sean imposibles de entender, ni significa que todo sea difícil de entender. Y si hay cosas difíciles de entender, ¿cuánto más argumenta eso a favor de nuestra diligencia en el estudio?

Por lo tanto, permíteme desafiarte a examinarte a ti mismo y hacerte la pregunta: «¿Estoy estudiando diligentemente la Palabra de Dios? ¿Tengo un tiempo regular en el que estoy leyendo la Palabra de Dios, y no solo pasando por las palabras en la página, sino pensando en ellas, orando sobre ellas, aplicándolas como Dios me da ayuda, consultando con otros, preguntando: 'Ayúdame a entender esto', hablando tal vez con tus padres, o con tu pastor, o buscando libros que te ayuden a entender?». Eso es lo que significa ser diligente. Y vale la pena, porque no hay nada más grande que conocer el camino de la salvación, y no hay otra manera de conocerlo sino a través de la Palabra de Dios.

En segundo lugar, *debemos buscar la bendición del Señor por medio de su Espíritu para obtener entendimiento*. Esto es exactamente lo que hace el salmista a lo largo del Salmo 119. Si lees ese salmo, verás una y otra vez que el salmista está orando para que Dios le dé entendimiento. Él está aferrado a la Palabra de Dios. Está buscando, meditando, memorizando, recitando la Palabra de Dios. Y constantemente está pidiendo: «Avívame» —es decir, dame vida. Está pidiendo que Dios le dé entendimiento, que lo enseñe y lo ilumine, para que él pueda creer, obedecer y comprender la Palabra de Dios. Pues bien, así es como necesitamos acercarnos a la Palabra de Dios. Necesitamos ser diligentes en nuestro estudio, reflexionando sobre las palabras, y en cómo se relacionan entre sí, cómo esta frase se conecta con la anterior y la siguiente, y cómo este libro se relaciona con los demás libros de la Biblia. Pero mientras hacemos esto diligentemente, y estudiamos un libro lleno de palabras y oraciones, no es suficiente meramente entender las palabras intelectualmente. Necesitamos que el Espíritu de Cristo bendiga esta verdad en nuestras almas para que podamos abrazarlas, creyéndolas para salvación.

Y aquí es donde la verdad de Cristo como nuestro profeta es de gran aliento. Él es nuestro profeta, quien, por su Palabra y Espíritu, nos revela la voluntad de Dios para nuestra salvación. Así que recurrimos a Él, y decimos mientras estudiamos: «Señor, antes de leer, te pido» —en palabras del salmista— «abre mis ojos, para que vea las maravillas de tu ley». En verdad necesitamos que Cristo abra nuestro entendimiento, como lo hizo con los dos discípulos mencionados anteriormente, para que podamos entender y creer. Así que nos acercamos a la Biblia con diligencia y con dependencia: estudiando diligentemente la Palabra, y al mismo tiempo

dependiendo de Cristo, misericordiosa y bondadosamente, para que por su Espíritu nos permita entender y creer la verdad. Que sea así, para que tú y yo crezcamos en nuestro enfoque al estudiar su Palabra, y que a medida que lo hagamos, comprendamos, creamos y nos deleitemos de la mejor manera en esta salvación que proviene de Dios.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.